

DÍA DE TORMENTA

Juliette, tumbada sobre la colcha naranja de su cama, con los cascos puestos, miraba como su móvil, silenciado, vibraba resplandeciente por sexta vez esa mañana, siempre con el mismo nombre. Con fastidio se quitó los cascos y presionó la tecla de aceptar.

—Qué —contestó Juliette con desgana.

—Hola, soy yo —dijo una voz masculina.

—Ya sé que eres tú, qué pesao, ¿quieres dejar de llamarme? —dijo Juliette.

—No te pongas así, necesito hablar contigo —dijo la voz masculina compungida.

—No tenemos nada de qué hablar, ya lo hemos hablado todo. ¿Es que no te quieres enterar?

—Juliette, por favor, deja que hablemos, estoy muy arrepentido.

—Pero, Henri, ¿por qué insistes?

—Necesito hablar contigo Juliette, pero no así, por el móvil, quiero verte.

—No sé para qué Henri —dijo Juliette cambiando un poco su tono de disgusto y mirando distraída por la ventana un día de sol y nubes.

—Anda por favor, dime que sí, me acerco un momento a tu casa —dijo Henri con voz de pena y en un intento casi desesperado por volver a ver a Juliette.

—Es una tontería, esto no tiene arreglo Henri... Está bien, te espero en casa a las cuatro —terminó cediendo Juliette.

Juliette se levantó, estiró la colcha, guardó los cascos en la mesilla de noche, se acercó a su escritorio danés para comprobar que todo estaba en orden: el cubilete de los lápices, su cuaderno de pastas naranjas, el *mac* cerrado y cargándose, el abrecartas de ébano que su padre le trajo de Mali,... Abrió su armario, en el que toda la ropa se alineaba por colores en los estantes, y eligió una camisa de estampados anaranjados; se cambió, quitó unas motitas de polvo de su falda de lana y se puso delante del espejo de cuerpo entero. Su silueta se recortaba con el reflejo de unas nubes grises que habían cubierto todo el cielo, las hojas de los árboles del jardín vibraban por el efecto del viento. Se alisó cuidadosamente el cabello pelirrojo, se miró los ojos verdosos arrugando un poco los párpados, repasó sus labios con un carmín del tono de su cabello, comprobó el brillo de sus zapatos y, satisfecha, bajó la escalera hacia la cocina.

—Juliette, ¿comerás en casa? —le dijo su madre mientras metía en el horno una bandeja de canelones. La madre de Juliette está extrañada de que su hija mayor se haya pasado toda la mañana encerrada en su cuarto. Ayer llegó tarde, parecía disgustada pero no dijo nada. Cuando su padre guardaba su arma reglamentaria en el armarito naranja del pasillo, debajo de la escalera, apenas le dijo nada al cruzarse con él.

—Sí, mamá —contestó Juliette con desgana.

—Pues no te vayas, que la comida está lista, tus hermanos están a punto de llegar y tu padre también está, tiene el turno de noche.

—Juliette, ayer no vi a Henri cuando llegaste, no pasó, ¿tenía prisa? —dijo su padre desde el fondo de la cocina.

—Sí, tenía prisa —dijo Juliette mintiendo

—Es un buen chico este Henri, le he visto practicando con un revolver en el campo de tiro, es bueno, tiene un buen talante, agresivo, firme —dijo el padre de Juliette.

—Ya sé que tú tienes que llevarlas papá, pero a mi no me gustan nada las armas —le dijo Juliette.

—Esta tarde vendrá Henri, mamá —dijo Juliette a su madre. Lo dijo como de pasada, procurando no darle importancia. Su madre no sabía que con Henri se había terminado todo; tampoco sabía que el fin de semana pasado no estuvo durmiendo en casa de su amiga Eloise, sino que lo pasó en un pequeño hotelito de las afueras, con Eduard.

A las cuatro en punto sonó el timbre de la casa. Henri se había vestido para la ocasión. Llevaba al cuello el pañuelo que Juliette le había traído de Tailandia, la camisa es la que tanto le gusta a ella. Se había peinado hacia atrás, se había perfumado con *Armani Men* y, luciendo la mejor de sus sonrisas, intentaba disimular su nerviosismo. Le abrió la puerta la madre de Juliette y le dijo que subiera, que su hija le esperaba en su cuarto.

La puerta estaba entreabierta, Henri asomó el cabeza temeroso. Tras la ventana el viento había aumentado de intensidad, el cielo se había puesto más oscuro.

—Hola, ¿puedo pasar? —dijo Henri.

—Pasa —dijo Juliette, de pie, de espaldas a él, sin volverse, recorriendo un poco más las cortinas de la ventana. Henri se sentó en una de las butacas de cuadros blancos y naranjas, cruzó las piernas, no sabía lo que hacer con las manos.

—Juliette, quisiera disculparme otra vez, me puse hecho una fiera, lo sé, pero no sé lo que pasó...

—Ya te lo dije Henri, no puedo soportar a un hombre que pierde los estribos de esa manera. No había motivo, el camarero solamente se tropezó.

—Sí, Juliette, tienes razón, no debí pegarle. Me sentó como un tiro que me echara el café encima y me abalancé sobre él, ni siquiera se disculpó.

—No soporto ese tipo de carácter, no quiero ni pensar lo que sería vivir contigo. Me has decepcionado, Henri, ya te lo dije.

—Juliette, mujer, no fue tan grave —dijo Henri levantándose nervioso, inquieto.

—Además, ya no te quiero.

—Juliette, ¿cómo es posible? —dijo Henri ya alterado—. ¿Solo por esto has dejado de quererme? —insistió mientras la agarraba del brazo e intentaba atraerla hacia él.

—¡Suéltame! No te quiero por eso y porque no me gusta tu desorden permanente para todo, tu forma de vestir tan despreocupada, y... y... además, ¡no te quiero porque ahora estoy con Eduard! —gritó Juliette.

—¿Con Eduard? ¿Cómo que estás con Eduard? ¿Qué significa eso? —dijo Henri rojo de furia y totalmente descompuesto.

—¡Sí! Con Eduard, me he enamorado de él —dijo Juliette lanzándole las palabras a la cara y también roja de ira.

—Ahora lo entiendo —dijo Henri—. Era toda una excusa, lo del enfado en la cafetería, lo de la ruptura porque yo era violento, lo del desorden... ¡Juliette, me has engañado! ¿Por qué, por qué? —gritó Henri agitando los brazos y dando grandes zancadas en la habitación.

Henri se paró en medio del cuarto de Juliette, se sentía engañado y traicionado y además ella decía que ahora estaba con su mejor amigo. No era cierto, ese amor sería solamente un capricho. Solo lo conocía de las veces que habían estado juntos los tres. —No, no —repetía Henri en voz alta, desesperado. Esto tengo que arreglarlo, pensó. Se dirigió hacia Juliette, que miraba como el cielo se había puesto negro y como un viento casi huracanado empujaba una copiosa lluvia contra los cristales de la ventana. La abrazó por la espalda, intentó besarle el cuello, pero ella, bruscamente, con furia, se deshizo de él.

—¡No me toques! ¡No quiero nada contigo! —gritaba Juliette—, y para que lo sepas de una vez: el último fin de semana lo pasé con Eduard en el Hotel Paris.

Henri aturdido, lleno de un asombro que lo paralizaba, no podía creer lo que había oído: Juliette y Eduard. Su novia y su mejor amigo juntos, en el hotel, el fin de semana. El resplandor naranja brillante de un relámpago iluminó intensamente la habitación de Juliette por un momento. Henri, desesperado, descompuesto, empuñó el afilado abrecartas de ébano y se lanzó contra Juliette. Ella horrorizada y dando gritos levantó los brazos para protegerse. El abrecartas se clavó en su hombro mientras ella empujaba a Henri que cayó sobre la colcha naranja. Tuvo tiempo de salir despavorida de su cuarto.

—¡Me mata, me mata! ¡Me quiere matar! —gritó con fuerza mientras la sangre de la herida de su brazo manchaba el suelo.

Henri, enloquecido, apareció en la puerta del cuarto blandiendo en su mano el abrecartas. Ella se lanzó hacia las escaleras. Él la persiguió, consiguió cogerla de un brazo.

—¡No! ¡No! ¡Me has traicionado! ¡Putas! —gritaba Henri sujetando con fuerza a Juliette, que estaba en el suelo al borde de la escalera.

El abrecartas de ébano bajaba rápido hacia el pecho de Juliette. El ruido de una bala del 45 saliendo del revolver se confundió con el estruendo de un trueno que parecía hacer estallado dentro de la casa. Casi en seguida, otro relámpago, aún más intenso, inundó todo de un naranja resplandeciente.

Javier Aguilera Rojas

Abril 2014